

## REPARTO

### PERSONAJES

IRENE DE OURENTE, Vizcondesa de Barcelos.....	} Sra. Guerrero.
ANITA DE OURENTE, su hermana	
ILDARA, vieja.....	Sra. Cancio.
JUANA, cocinera.....	Sra. Morena.
MIGALLA, pinche.....	Sra. Suárez.
MARTÍN DE TRAVA.....	Sr. Díaz de Mendoza (F.)
SANTIAGO, criado y mayordomo.....	Codina.
SANGRE NEGRA, molhechor.....	González.
EL CONDE DE PORTALEGRE..	Díaz de Mendoza (M.)
EL CURA.....	Urquijo.
EL NOTARIO.....	Viosca.
EL CABO de la Guardia Civil.....	Cirera.
UN GUARDIA CIVIL.....	Capuela.
UN CRIADO.....	Vargas.

*Guardias, criados, criadas, aldeanos, aldeanas*

La acción, en la frontera de Portugal y Galicia, á orillas del  
río Miño.—Epoca contemporánea



## ACTO PRIMERO

Salón en una casa de campo antigua. Los muebles, vetustos, han sido de gran riqueza. La base del mobiliario es talla dorada, con forros de seda ó damasco; puede haber consolas, espejos, cuadros, bustos, retratos al óleo, todo lo que concurre á causar la impresión de un lujo pasado, conservado respetuosamente. Puerta al fondo. Otra á la derecha, que se supone comunica con la tribuna de la capilla. A la izquierda, otra más pequeña, que se supone comunica con las habitaciones interiores. Gran balcón. Hacia el ángulo de la derecha un biombo bajo, antiguo también, y protegida por él, pero á la vista del espectador, una mesa pequeña, que hasta puede ser un veladorcito, con servicio para dos personas: en su arreglo, cierto refinamiento: en el centro flores, el mantelito fino, la porcelana rica. En las consolas, una de las cuales sirve de aparador, frutas, dulces, botellas de Champagne. El alumbrado tiene que parecer de petróleo y bujías. Es de noche. Derecha é izquierda, la del espectador.

### ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, la escena aparece sola; pero inmediatamente se abre poco á poco la puerta de la derecha y entra ILDARA, anciana casi decrepita, vestida con traje del país pobre y humilde. Avanza con precaución, mirando curiosamente en derredor suyo.

ILD. ¡El Señor nos valga! Aquí no hay persona humana, y todas las luces á arder. ¡Jesús, pues si está lleno de flores, como para la



fiesta del Sacramento! ¿Qué milagro será este que mis ojos ven? (Bajito y recelosamente.) ¡Santiago! ¡Santiago! (Pausa.) No andará por aquí. No, pues los trasnos no serán quienes tanta flor pusieron. (Se acerca al biombo y ve la mesa.) ¡Nuestra Señora de la Hermida! ¡Plato para dos personas! No puede ser sino que viene el señorito con algún amigo suyo. Pero me pasmo de no haberme dicho ese hijo mío nada. Estas manos tenían de hacer las camas y guisar la cena, ¡una polida cena! A tales horas, ¿qué preparo? Acabo de cubrir el rescoldo...

## ESCENA II

ILDARA, SANTIAGO. Santiago entra por la puerta del fondo abriendo por fuera y volviendo á cerrar por dentro; al ver á Ildara manifiesta una sorpresa que va graduándose hasta el furor. Todo el diálogo de esta escena ha de ser airado, precipitado, misterioso, empujando Santiago á Ildara con su cuerpo y acorralándola hacia la puerta de la derecha.

SANT. ¿Eh? ¿Quién va? ¿Qué hace aquí, señora madre? ¿Quién la mandó venire?  
 ILD. Por la tribuna de la capilla entré.  
 SANT. ¿Y quién le dió las llaves?  
 ILD. De tu arca las cogí. No pensé que hacía mal ninguno. Había que disponer el altar, que mañana vendrá don Fortunato á decir misa por el alma de la señora, que en gloria esté.  
 SANT. Centella en don Fortunato y toda su casta... ¡Márchese de aquí, señora madre, si no me quiere condenar!  
 ILD. ¡Santiago, no eches pecados, mozo! Ya me voy... Cuando el señorito vinier, avisa; voy á encender el fuego para la cena.  
 SANT. (Con expresión terrible.) ¡El señorito no viene! ¡Si se le escapa decir á nadie la mentira de

que viene, iréme á chapuzar de cabeza al río!

ILD. (Dándose por enterada.) ¡Basta, el mi hijo, basta, ni la tierra lo sabrá! ¡Ni de él, ni de quien trajere en su compañía, dirá esto mi bocal!

SANT. (Embrollándose.) ¡Y vuelta! ¡Nadie, nadie viene en su compañía tampoco!

ILD. Santiaguíño, mis amores, ya soy vieja, y nací antes que tú, porque te parí... Ahí veo la mesa muy maja para dos convidados... ¿Eh? (Santiago intenta cubrir la mesa con su cuerpo.) A quien no ha de hacer traiciones no hay para qué le contar mentiras... La lengua me arrancan con tenazas antes de descubrir al señorito, que lo crié á estos pechos... ¡Más que yo no lo quieres tú! Mira, si se ofrece, más que á tí, quiero al señorito.

SANT. Y eso es lo que cumple.

ILD. Y por lo mismo á nadie le voy á pregonar si llega ó no llega esta noche... ni si trae consigo á un jefe de los carlistas.

SANT. (Vivamente.) ¡Calle como una difunta! Porque en efecto, trae consigo al general, que está escondido en la Quinta de las Camelias, del otro lado del río... ¡Allí, en Portugal, vive seguro; pero aquí, si le cogen, fusilados el señorito y él!...

ILD. ¡No lo permita la Virgen! ¡Yo, muda! (Con pueril curiosidad.) Al general quisíerale ver... ¿Será un señor que meterá respeto?

SANT. (Amenazador.) ¡El demonio me lleve! (La empuja.) ¡Afuera! ¡Y la boca cosida! ¡Y tengamos la fiesta en paz, señora madre! (La hace pasar medio por fuerza la puerta por donde entró y cierra después, con llave y cerrojo.)



## ESCENA III

SANTIAGO; después MARTÍN

- SANT. (Se limpia con un pañuelo la frente y mira alrededor con zozobra.) Culpa mía... Debí esconder las llaves de toda la casa... Y á Dios gracias que pensó eso del jefe carlista, que hace veinte años no los hay por aquí. (Llaman. Santiago abre.)
- MART. (Agitado.) ¿Lo tienes todo según dispuse?
- SANT. Todo, señorito.
- MART. ¿Sospecha alguien mi venida?
- SANT. (Después de un momento de vacilación.) Nadie, no, señorito; nadie.
- MART. Pues vete corriendo al pasad del río, á la barca, y, pasa, y alumbra, y guía á... á quien está allí esperando. Es preciso que no se moje los pies.
- SANT. La traeré en brazos.
- MART. No hace falta: alumbra y guía solamente. El suelo es allí una charca.
- SANT. Voy, señorito.
- MART. ¿No te verán?
- SANT. Imposible. No destapo la luz sino cuando convenga. Los perros á mí no me ladran. No anda gente. Son dos pasos.
- MART. ¡Pues vuelal

## ESCENA IV

MARTÍN, solo. Se pasea, examinando afanosamente la habitación, la mesa, la colocación de los muebles, que podrá modificar

¿Estará á su gusto? ¡Es tan refinada! (Arregla los floreros.) ¿Se mojará los piecitos? ¡No faltaba más! Santiago ha hecho milagros, pero aquí se carece de infinitas cosas. ¡Ella,

que con tanto lujo vive! ¿Se reirá de mi vieja casa? ¡Bah! ¡Si me quiere, qué importancia ha de tener para ella...! Con ella viviría yo en una mazmorra, en un destierro, y me parecería divino. (Se sienta un instante y suspira.) Parece que en vez de alegría lo que siento es tristeza. No.. es fiebre. Debo de tener calentura.

## ESCENA V

MARTÍN, IRENE y SANTIAGO. Santiago abre; Irene aparece en la puerta, elegante y sencillamente vestida de camino, con velo á la cara. Santiago trae aún en las manos la linterna encendida. Martín le hace seña. Santiago desaparece mientras Irene avanza sonriendo. Martín cierra la puerta del fondo con llave, y volviéndose, estrecha á Irene impetuosamente en sus brazos.

- IRENE ¡Me ahogas! ¡Qué fuerza tienes! Un poco de juicio...
- MART. No sé si estoy despierto. ¡Y tú lo extrañas!
- IRENE Suelta...
- MART. ¿Qué es eso? ¿Te has enojado conmigo?
- IRENE No.. Es que traigo los pies húmedos, el traje perdido de barro... Al saltar de la barca, por poco me caigo al río.
- MART. El torpe de Santiago. ¡El único encargo que le hice!
- IRENE Si fué culpa mía, que me empeñé en saltar sola... No digas mal de Santiago; es muy simpático.
- MART. Siéntate, siéntate y te enjugaré las botitas yo mismo. (Irene se sienta y empieza á desprenderse el velo y el sombrero. Martín, arrodillándose, sacando el pañuelo, seca, con infinito cuidado, las botas y la orla del traje de Irene, recoge su sombrero; la desembaraza del cubre polvo ó abrigo, la pone un cojín bajo los pies, y acaba por besarlos. Irene rie con coquetería. Al terminar este juego escénico, Martín queda arrodillado delante de Irene, mirándola y teniéndola.



- dola cogidas las manos.) ¿Te ha costado mucho trabajo arreglar el viaje? Cuenta... Así oíré tu voz.
- IRENE Se terció mejor de lo que yo pensaba... He pasado días combinándolo. Fué divertido. ¡Es tan grato despistar á los curiosos!
- MART. Yo creí que lo grato era estar juntos y libres...
- IRENE ¡Cómo se ve que tú no sufres á cada hora la tiranía del mundo! Siempre gusta engañar á los tiranos... De esta vez, el tirano, engañado como un chino. ¿Sabes por qué? Porque no te conocen; porque no sospechan que yo te conozco, ni de mil leguas. Mejor dicho: porque ni saben que existes.
- MART. Tú no has querido que yo frecuentase...
- IRENE ¡Ni quiero! Nos conocimos... ¿te acuerdas? aquí, en casa de mis tías, las Vizcondesas de Ourense... en una fiesta de labradores...
- MART. Desde aquel día, mi vida cambió...
- IRENE Me seguiste á Lisboa... Te prohibí que penetrases en mi círculo... Ni era fácil, de todos modos, porque no les gustan las caras nuevas.
- MART. Soy tan caballero, y quizás mejor nacido, que los de ese círculo vanidoso.
- IRENE No se ofenda el hidalgo español... Al entrar, á la incierta luz de la linterna con que alumbraba tu escudero, he visto, sobre el portón, borrosos blasones...
- MART. Basta... Irene, yo he respetado tus órdenes, y á pesar de las impacencias de un amor que tú ni sospechas hasta dónde alcanza, he evitado comprometer tu buen nombre... Me he contentado con furtivas entrevistas en algún jardín público...
- IRENE Donde no había público... ¡Esa era la habilidad! Si seré precavida, que ahora, antes de emprender esta aventura, he quemado todas las cartas que me escribiste. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

- MART. (Soltando las manos de Irene.) Verdades tan grandes como este sentimiento, no se debieran ocultar.
- IRENE ¡Criatura! En esto y en todo, la verdad es un cartucho del más atroz explosivo. (Con volubilidad graciosa, atrayendo y calmando á Martín.) Hemos tenido de nuestra parte á la fortuna... Mi venida aquí aparecerá natural y sencilla. Como que vengo á pasar una semana en el caserón de mis señoras tías, las buenas fidalgas de Ourense, donde reside mi hermana Anita, á quien tanto quiero... ¿Quién ha de extrañar que ansie verla, acariciarla? En Lisboa saben mi salida, pero nadie llevará cuenta del día en que llevo aquí. Escamoteo veinticuatro horas, y mañana, de noche, caigo en el Pazo de Ourense... ¡Cómo se alegrará la pequeña!
- MART. Desde la ventana de mi torre se ven los tejados de Ourense, el arbolado... ¿No sabes, Irene? Visito muy amenudo á las fidalgas. Voy por ver á tu hermana, y mirándola, me extasio. Como os parecéis tanto, la ilusión...
- IRENE (En chanza.) ¿Qué es eso? ¿A ver si te enamoras de Anita? ¿Verdad que es un ángel la muchacha? Dentro de poco, yo la sacaré de ese castillo encantado... En fin, nadie debe sospechar... A pretexto de que las tías no pueden sufrir á mi doncella francesa, me libré de ese testigo...
- MART. Mi sueño era venir en el mismo tren que tú...
- IRENE ¡Famosa ocurrencia! Te acercarias... Lo notaría algún conocido... Nada de eso... ¡Todavía me ocurrió otra idea doblemente maquiavélica! Ya, ya te la diré... sentados á esa mesita. (Señala á la que está servida.)
- MART. ¡Qué tonto soy! ¡Pobre Irene! Vendrás fatigada, con necesidad... y te entretengo... y no te ofrezco...
- IRENE Desde el cruce, nada he probado...
- MART. (Tiernamente.) Ven, amor mío; ven, que te sir-



IRENE va, que te contemple, bajo mi techo, llevar los manjares á la boca... ¡Qué momento, Irene! Así... así... ¿Estás bien? Te haré plato. Siéntate, Martín... Cenemos juntos... Que Santiago nos sirva.

MART. ¿Un extraño?

IRENE ¡Un perro! Tan precavida como soy, de Santiago me fio.

MART. Y aciertas.

IRENE Pues llámale.

## ESCENA VI

IRENE, MARTÍN y SANTIAGO. Martín abre la puerta, detrás de la cual está de centinela Santiago.

MART. Entra, Santiago, y sírvenos la cena. (Santiago cierra la puerta con llave, y sirve los manjares que va trayendo de las consolas. Esta parte de juego escénico queda al arbitrio de los actores.)

IRENE ¿Sabes que cae bien la comida? Ahora noto que tenía verdadera hambre.

MART. Todo es frío, porque no hemos querido que mi ama Ildara se entere ni de mi llegada siquiera... ¡Cuánto tienes que perdonarme!

IRENE Si está excelente... (Martín descorcha una botella de Champagne y llena la copa de Irene, que se la ofrece para que la pruebe él.) Ahora yo... Verás, te enteraré del maquiavelismo... Busqué un adorador de buena voluntad... y le convenci de que me acompañase hasta el cruce. (Con sobresalto.) ¿Un adorador?

MART. Un indiferente... no se prestaría.

IRENE (Agitado.) No comprendo... (Irene le sirve Champagne. En toda esta escena y la siguiente, según van acentuándose los sentimientos de Martín, como expresa el diálogo, Irene trata de distraerle dándole de beber; ella misma bebe, y los dos, sin embriagarse, acaban por estar algo aturdidos. Es una nota que no debe exajerarse.)

IRENE ¿Qué es lo que no comprendes?

MART. ¡Eso del adorador... eso de prestarse...!

IRENE Porque no te das cuenta de nuestro modo de vivir... Una mujer ni fea ni vieja, que anda entre la gente, tiene siempre adoradores. Yo eché mano del primero... del más asiduo... del condesito de Portalegre, y le rogué que me acompañase. Así, cuando esta expedición pudiese despertar recelos, en Portalegre pensarían...

MART. ¡Oh, Irene! ¡Qué abismo entre tu existencia y la mía! ¡Quiera Dios que no sea entre tu corazón y el mío!

IRENE ¿No te gusta una trama tan bien urdida, Martín? Desde que dejé el tren, me dirigí, por si alguien me observaba, hacia el Pazo de Ourense, y sólo al cerrar la noche cambié de rumbo, encaminándome por atajos hacia aquí... Como conozo de sobra estos contornos, me escurrí hasta la margen del río, y ya frente al paso, te hice la convenida señal..

MART. Inés... no hablemos de más tu arte de engaño... No sé por qué, me es antipático todo eso... (Hace una seña á Santiago para que se retire. Santiago obedece.) Le despido porque es preciso que estemos solos, ¡solos! para que te hable yo desde lo íntimo del alma... como nunca he podido hablarte... en aquellas fugaces conversaciones de Lisboa, al aire libre... (Pausa.) ¡Estás muy hermosa, Irene! La animación de esta aventura, como tú la llamas, enciende tus mejillas y aviva el fuego de tus ojos... Estás cual puede fingirte la imaginación, soñando goces ideales... Estás para trastornar á un hombre... (Irene ríe.) ¡A un hombre que no te quiera como yo! Alza esta copa, Irene; cese brindar á tu espléndida hermosura, á la bondad que has demostrado viniendo á honrar esta casa solariega... (Irene bebe.) Y ahora, permite que te dé por escolta á Santiago,



va, que te contemple, bajo mi techo, llevar los manjares á la boca... ¡Qué momento, Irene! Así... así... ¿Estás bien? Te haré plato.

IRENE. Siéntate, Martín... Cenemos juntos... Que Santiago nos sirva.

MART. ¿Un extraño?

IRENE. ¡Un perro! Tan precavida como soy, de Santiago me fio.

MART. Y aciertas.

IRENE. Pues llámale.

## ESCENA VI

IRENE, MARTÍN y SANTIAGO. Martín abre la puerta, detrás de la cual está de centinela Santiago.

MART. Entra, Santiago, y sirvenos la cena. (Santiago cierra la puerta con llave, y sirve los manjares que va trayendo de las consolas. Esta parte de juego escénico queda al arbitrio de los actores.)

IRENE. ¿Sabes que cae bien la comida? Ahora noto que tenía verdadera hambre.

MART. Todo es frío, porque no hemos querido que mi ama Ildara se entere ni de mi llegada siquiera... ¡Cuánto tienes que perdonarme! Si está excelente... (Martín descorcha una botella de Champagne y llena la copa de Irene, que se la ofrece para que la pruebe él.) Ahora yo... Verás, te enteraré del maquiavelismo... Busqué un adorador de buena voluntad... y le convencí de que me acompañase hasta el cruce.

MART. (Con sobresalto.) ¿Un adorador?

IRENE. Un indiferente... no se prestaría.

MART. (Agitado.) No comprendo... (Irene le sirve Champagne. En toda esta escena y la siguiente, según van acentuándose los sentimientos de Martín, como expresa el diálogo, Irene trata de distraerle dándole de beber; ella misma bebe, y los dos, sin embriagarse, acaban por estar algo aturridos. Es una nota que no debe exajerarse.)

IRENE. ¿Qué es lo que no comprendes?

MART. ¡Eso del adorador... eso de prestarse...!

IRENE. Porque no te das cuenta de nuestro modo de vivir... Una mujer ni fea ni vieja, que anda entre la gente, tiene siempre adoradores. Yo eché mano del primero... del más asiduo... del condesito de Portalegre, y le rogué que me acompañase. Así, cuando esta expedición pudiese despertar recelos, en Portalegre pensarían...

MART. ¡Oh, Irene! ¡Qué abismo entre tu existencia y la mía! ¡Quiera Dios que no sea entre tu corazón y el mío!

IRENE. ¿No te gusta una trama tan bien urdida, Martín? Desde que dejé el tren, me dirigí, por si alguien me observaba, hacia el Pazo de Ourense, y sólo al cerrar la noche cambié de rumbo, encaminándome por atajos hacia aquí... Como conozo de sobra estos contornos, me escurri hasta la márgen del río, y ya frente al paso, te hice la convenida señal...

MART. Inés... no hablemos de más tu arte de engaño... No sé por qué, me es antipático todo eso... (Hace una seña á Santiago para que se retire. Santiago obedece.) Le despido porque es preciso que estemos solos, ¡solos! para que te hable yo desde lo íntimo del alma... como nunca he podido hablarte... en aquellas fugaces conversaciones de Lisboa, al aire libre... (Pausa.) ¡Estás muy hermosa, Irene! La animación de esta aventura, como tú la llamas, enciende tus mejillas y aviva el fuego de tus ojos... Estás cual puede fingirte la imaginación, soñando goces ideales... Estás para trastornar á un hombre... (Irene ríe.) ¡A un hombre que no te quiera como yo! Alza esta copa, Irene; ceseo brindar á tu espléndida hermosura, á la bondad que has demostrado viniendo á honrar esta casa solariega... (Irene bebe.) Y ahora, permite que te dé por escolta á Santiago,



- que te acompañará hasta la quinta de las fidalgas, donde debes pasar lo que falta de la noche.
- IRENE (Asombrada.) ¿Qué dices?
- MART. Que es mejor, mejor para mí y hasta para tí, que esto no siga adelante. Invocaríamos á la felicidad... pero mentiríamos: yo, al menos, mentiría. Desde que has llegado, sufro... y te haré sufrir, sin remedio. Has hablado de disimulo, de engaños, cuando me hervía en el pecho el ansia de la verdad suprema, que es un amor como este. Aléjate, perdóname... y no te acuerdes más de mí.
- IRENE (Acercándose, con zalamería.) Vamos, ya entiendo... ¡Se te ha atravesado lo que te conté de Portalegre...! (Le ofrece Champagne; Martín bebe, por instinto de aturdirse.) Pero, ¡qué graciosos son los celos, qué divertidos, y sobre todo, qué lógicos! ¡Portalegre viene hasta el cruce sirviéndonos de pantalla; tú me esperas aquí... y eres tú el molestador! ¡Tú el quejoso!
- MART. No, Irene; no son celos; al menos, no son celos como tú los entiendes... Haré por explicarme... Es que desde que entraste se me ha clavado aquí la idea de que mañana, ¿te haces cargo? mañana... no te dejaré marchar... Has venido por algunos instantes... ¡No basta esa gota de agua á mi sed!...
- IRENE (Cariñosa.) Martín, ¿qué más pides? Estoy contigo... Tenemos unas horas de dicha... No las amargues...
- MART. Mira que te aconsejo bien; mira que, si te quedas, luego no me resignaré á que vuelvas á ese mundo en el cual se miente y donde yo no quepo. No sabes mi condición; no sabes cómo busco y saboreo la profunda realidad, lo que es y no lo que finge ser.
- IRENE Martín, no estás en tus cabales.
- MART. Irene, estoy enamorado... Pero soy leal, y por eso te despido.

- IRENE ¡Pero qué tono de gravedad! ¡Martín mio... estás echando á perder esta hora, única que poseemos, con discordias y exigencias!
- MART. ¡Ay, de mí! En tus labios, Irene, debiera tener su templo la verdad... ¿Y si yo te preguntase?...
- IRENE Si es capricho...
- MART. ¿Me quieres, es cierto que me quieres también tú? Piensa lo que respondes.
- IRENE ¿Estaría aquí si no te quisiese?
- MART. Puedes estar porque te agrade la aventura... Tú le llamaste así... Acaso distrajo tu tédio.
- IRENE Eres descortés é ingrato. Dices bien, debo irme. (Se levanta.)
- MART. No, Irene, aguarda... ¡Un momento!...
- IRENE Es que no sé qué te propones...
- MART. Me propongo persuadirte de que esto es algo serio, algo que encierra nuestro porvenir. Te doy mi vida, te pido la tuya. Soy huérfano, nada me liga. Venderé mi hacienda, hasta este Pazo en que nací, en que residieron mis padres; hasta los muebles de estas habitaciones, que eran las suyas. Tú no tienes hijos, y al verte aquí debo creer que no tienes otros afectos... Irems á donde nadie nos conozca... donde nadie te conozca, porque á mí, oscuro provinciano, nadie me conoce fuera de este rincón... Viviremos sin apartarnos nunca. ¿No ves qué gloria? ¿Quieres, Irene, quieres, santa, immaculada mía?
- IRENE (Entre burlona y desazonada.) ¡Válgame Dios! El Champagne se ha subido á esta cabeza... ¿Todo eso vamos á hacer? ¿No se te ha ocurrido nada mejor? ¿Tan fácil es que desaparezca como el humo una mujer de mi posición, unida á un personaje, que ha desempeñado altos puestos políticos y diplomáticos? Y además, tengo afectos; tengo á mi hermana, que á faltarle yo seguiría emparejada en Ourense, con las dos ancianas, y



sobre quien el escándalo de mi fuga refluiría, impidiéndola tal vez establecerse. Vamos... no me acibares esta corta noche de verano, Martín... No pidas imposibles.

MART.

IRENE

MART.

IRENE

MART.

IRENE

MART.

IRENE

MART.

IRENE

Mentiste al pronunciar la palabra amor. No, no he mentido... ¿Pero acaso el amor es... eterno? ¿Lo crees tú?

Y si tú no lo crees, ¿por qué estás aquí... aquí, donde vivió y murió mi madre?

(Conciliadora, resignada.) ¿Pero se trata de lo que yo crea? Lo esencial no es lo que creemos, si no lo que sucede, á pesar de nuestras manías y nuestros caprichos. ¿No adoras la verdad? Pues niño grande, la verdad es... que el vino se agota en las copas y el amor en los corazones.

¡Irene! ¡Déjame ya! En un minuto he llegado á odiarte. Mira si seré desdichado.

(Insinuante.) No es cierto. Ese odio... es forma de amor. Mira... (Arrastrándole al balcón.) ¡Mira qué hermoso! ¡La luna ha salido, y el río la refleja! ¡Parece una decoración de ópera! ¡Míralo antes de que cambie y con la mañana se borre el encanto!... ¡Todo lo dulce es breve!

(Luchando.) Irene, no me ates los brazos... Me da horror tu experiencia... ¿Eres capaz de continuar respondiéndome la verdad desnuda?

Todo tiene su límite... La verdad es un veneno activo... Toma, bebe este otro licor, que es ilusión y espuma. (Le sirve otra vez.)

(Bebe y arroja al suelo la copa, que se rompe.) Envenenado está igualmente este vino, y de tu mano sólo aguardo lo que turba la razón, lo que mata.

(Enojada.) Ahora, definitivamente, sigo tu consejo, y me voy. ¡Para situación ridícula, estás! ¡Si lo supiese la gente de Lisboa, cómo se reirían de mí! Nadie lo sabrá, pero yo lo sé, y mucho tiempo me escocerá la herida... A bien que pronto he de alejarme de Portu-

gal; la carrera de mi marido lo exige; nos enviarán á Inglaterra. No pienses, pues, en reconciliaciones; la hora era fugaz... y ha transcurrido. (Va á recoger su abrigo y su velo y sombrero.)

MART.

IRENE

MART.

IRENE

MART.

IRENE

MART.

IRENE

MART.

IRENE

MART.

IRENE

MART.

(Exaltado, cogiéndola violentamente por el talle.) Una palabra... ¿Era yo tu primer amor?

(Con despecho y algo de desdén.) ¿Sigues con la tema de pedir verdades?

¡Mil veces, sí! Es preciso que sepas... Una noche, en Lisboa, estabas radiante en tu platea... Yo te miraba... oí que te nombraban injuriándote... Me aposté á la salida, seguí al malsín, y le molí á bastonazos, huyendo después. Como caballero debí proceder de otro modo... pero no quería que ni aun por levisimo indicio pudiese sospecharse la causa... Temía por tí... Esto hice... ¿Mentía aquel hombre?

(Altanera.) ¿Qué decía?

Te atribuía intrigas amorosas, infamias...

Así llama cualquier celoso á lo que le molesta... Querer á otro, es infamia; quererles á ellos, virtud.

¡Es que yo... no soy cualquiera...! Yo no me parezco á los de tu corrompido círculo... Es que yo te quiero de otra manera, sagrada, honda, inmensa, perdidamente; es que yo... ¡Contéstame ó haré un desatino, Irene! ¿Mentía el... el calumniador?

Ni tú, ni hombre alguno, tolera el esplendor de la verdad.

¡Veiga! (Coge de las muñecas á Irene.)

(Desasiéndose.) ¡Qué brutal grosería! Me has hecho daño... Mereces, mereces esa verdad que tanto deseas... Sábelo, he querido, sí, antes de conocerte...

Sigue, sigue...

Y es posible que después...

Adelante, no te detengas, pronuncia el nombre... ¿Portalegre, no es eso?



- IRENE (Fuera de sí.) Si te empeñas, Portalegre...  
(Quiere marcharse.)
- MART. (Dando un salto y alcanzándola cerca de la puerta.)  
¡Irene, Irene mía! Di que has mentado, dilo.  
(Se arrodilla á medias.)
- IRENE ¿No querías verdad? Ahí la tienes y completa:  
la verdad del pasado, y la futura...
- MART. ¡Oh! ¡Calla! ¡Yo... yo ahogaré las palabras en  
tu bocal (La echa las manos á la garganta. Luchan y  
van retrocediendo hacia el balcón, haciendo caer algún  
mueble, á fin de que se adivine el trágico desenlace de  
la escena, que termina en el balcón mismo. Irene, al  
principio, exhala gritos sofocados; después calla, y  
Martín entonces la suelta, cayendo ella al suelo, y quedando  
la mitad de su cuerpo en el balcón, fuera la  
otra mitad. Martín entonces avanza en la actitud que  
el actor juzgue oportuna; luego vuelve hacia el balcón,  
y se inclina sobre el cuerpo de Irene.)

## ESCENA VII

MARTÍN DE TRAVA, después SANTIAGO

- MART. ¡Irene! ¡Irene! (Alza la cabeza de Irene.) ¡No con-  
testal ¡Irene! ¡Respóndemel! ¡Esto es una pe-  
sadilla! La habitación da vueltas... Ea, Ire-  
ne, mírame... Estaba loco, fué un acceso, no  
me castigues con este silencio cruel... ¿Será  
un desmayo?... (Corriendo á la puerta y abriéndola.)  
¡Santiago! ¡Santiago! ¡Socorro!
- SANT. (Entrando.) Señorito... ¿Qué ocurre?
- MART. ¡La señora!... ¡La señora, que no contesta!  
Echale agua... Dale aire... Haz algo... ¡Yo...  
yo no puedo! (Se desploma en el sofá.)
- SANT. (Acercándose al cuerpo de Irene, lo levanta en peso,  
lo toca, contempla el rostro, y la deja caer otra vez.)  
No es desmayo, señorito del alma... Es un  
mal muy grande... ¡Muy grande!... ¡Es... es  
muertel

- MART. ¡No puede ser! ¡Yo no la maté! ¡Yo no quise  
matarla!
- SANT. Que quisiera que no, matóla, señorito.
- MART. ¡Yo! ¡A ella! ¡Con estas feroces manos! ¡Que  
me maten también! ¡Que me maten! ¡San-  
tiago, mátame tú! ¡Si eres leal, mátame!
- SANT. Señorito, calle... No grite... Ya nada se re-  
media... No ha de resucitar... Pueden oír,  
acudir; prenderán al señorito...
- MART. ¿Qué me importa! ¡Irene! ¡Irene!
- SANT. Señorito, ahora manda Santiago y nadie  
más... Sin demora, el señorito sale para  
Oporto. Nadie sabe que el señorito vino  
aquí esta noche. (Sombriamente.) Si alguien lo  
supiese, callaría. ¡Buen cuidado tendría de  
callar! Lo demás corre de mi cuenta. Va á  
amanecer... ¡Dese prisa!
- MART. ¡Ya nunca amanecerá para mí! (Se inclina so-  
bre Irene y la besa.) ¡Mi amor, Irene! ¡Fuí yo!  
¡Fuí yo!
- SANT. No diga eso... Diga, al contrario, siempre,  
«yo no fuí» si llega el caso de declarar...
- MART. ¡No quiero separarme de ella!
- SANT. ¿En qué está pensando? A escape... ¡Véngase!  
(forcejea con Martín y lo saca violentamente de  
la habitación. Al salir, Santiago cierra la puerta del  
fondo con llave.)

FIN DEL ACTO PRIMERO